

Alegoría del amor por la profesión docente desde el amor cortésano de la Madre Castillo y el pseudoamor de Ortega

Sergio Armando Olave Rodríguez

Estudiante de Doctorado en Educación. Docente en la Escuela Normal Superior de Saboyá, Boyacá, Colombia. sergiolave_90@hotmail.com

Es importante precisar que este texto sólo busca reflexionar acerca de la cosmovisión que se tiene cuando hablamos del amor hacia algo, con el fervor del que nos habla la Madre Castillo en el amor cortésano y la cruda manifestación del pseudoamor planteado por el pensamiento de Ortega en su texto meditaciones del Quijote, partiendo de la premisa que el amor puede sentirse hacia alguien o algo, y en esta oportunidad voy a referirme al amor que pueda sentirse hacia la profesión docente.

Hablar del amor es una incidencia que se origina principalmente del conjunto de experiencias que se acumulan alrededor de situaciones que son significativas en el trasegar de la vida, pero de las que no siempre somos conscientes; es por ello que muchos hablan de vocación docente cada vez que le preguntan por qué decidió serlo. En ese sentido su manifestación puede presentarse como una especie de ficción, tal como la ficción literaria del amor cortésano, que se fundamenta desde la melancolía que surgía en la época del medioevo y que servía como evasión a la cruda realidad que se vivía para entonces (Balakrishnan, 2018). Por lo anterior, sería complejo hablar que el amor a la profesión docente es un escape de la realidad circundante; no obstante quienes eligen ser maestros tienen la convicción de una utopía de sociedad que permita generar un cambio a través de las generaciones para huir de las realidades sociales que nos aquejan.

Algunos autores establecen el amor como la búsqueda de la belleza a aquello que amamos; a través de la historia se han mantenido tres caminos para alcanzar aquella manía de belleza: el camino de la negación del mundo, el camino que conduce al mejoramiento y perfeccionamiento del mundo y el camino hacia el mundo de los sueños (Huizinga, Gaos &

de la Peña, 1945). Podemos apreciar entonces un estado del maestro que recorre estos tres caminos a lo largo de la vida, esa negación a aceptar las problemáticas actuales de la sociedad y su contexto, envueltas en pobreza y desigualdad social, personificadas en los estudiantes que atienden al aula y las brechas que existen entre cada uno de los miembros de la comunidad educativa. En segundo lugar, siempre se ha pensado que la escuela y el maestro han apuntado al mejoramiento de las falencias en cuestión de fomentar un pensamiento crítico y una apuesta al cambio, y finalmente ese camino a los sueños que le permite a cada uno de los niños, niñas y adolescentes soñar, encaminarse en alcanzar aquello que se ve imposible y que el maestro plasma en su discurso como una lucha incansable por no detenerse hasta haberlos cumplido.

La profesión docente, un amor cortesano convertido en religión de amor

La religión se expresa como la forma, a través de la cual el ser humano puede acercarse al poder sobrenatural y oculto del cual cree depender; esto implica que se adhiere a una doctrina que da explicación a lo existente y, a su vez, se fundamenta en un conjunto de reglas que conllevan a una pasión y un sacrificio para poder tener relación con dicho poder (Robledo, 2019). La profesión docente puede plantearse como aquella religión que debe seguir un culto al sacrificio pero, de igual forma, como lo manifiesta la Madre Castillo, si bien aquel amor cortesano se caracteriza por el culto al heroísmo, por otra parte veríamos el ser docente como el principio del honor entendido desde la reputación como virtud.

El autosacrificio que se puede evidenciar en las actividades escolares, con la falta de recursos y apoyo del Estado, las dificultades de acceso a las tecnologías, la burocracia y el clientelismo en temas de educación para los niños son problemas que debe enfrentar el docente día a día, engrandeciendo esta labor, mutando el ascetismo obligado como su base para reconstruirse y fortalecerse en medio de las adversidades, convirtiendo la profesión docente en una religión de amor.

Es importante señalar que soy fiel al pensamiento de que la vocación no existe, puesto que la vocación está ligada a amar lo que

hacemos; sin embargo, desde la dualidad Eros-Cáritas, el deseo de tener parte de que amamos lo que no poseemos, entonces podríamos afirmar que si bien cuando lo tenemos ya no lo amamos, no habría una constante en nuestra labor como maestros, de ahí que el amor a nuestra profesión se debe asumir más desde Caritas o Ágape, entendido como aquel gesto generoso que no busca el bienestar de quien ama sino de aquel a quien se ama, los estudiantes; es por ello que amar es una decisión y ser maestro también lo es; no es algo que nace con nosotros, disfrutar el enseñar, no es igual que amar la docencia, pues amar la docencia, implica la humildad y el sacrificio como parte de esas reglas de la religión a la que decidimos pertenecer.

Amar o encantarse de lo que hacemos

El amor coincide en la búsqueda de la perfección de lo amado desde la antigüedad clásica; así, Ortega y Scheler coinciden en que esa aspiración por la perfección de lo que se ama busca engendrar en lo perfecto (Balakrishnan, 2018). Esta afirmación nos permite generar una alegoría a todo aquello que el docente busca en el aula como resultado de los procesos en el tiempo escolar y de formación con el alumnado, el buscar esa perfección en el estudiante dentro de las reglas y parámetros ya establecidos, en el señalar el error y corregirlo para que no se cometa nuevamente, tal como se evidencia cuando aplicamos una prueba, donde se busca la perfección en las respuestas y no se deja al azar ninguna otra posible opción. Enamorarse de lo que hacemos, no es más que la aceptación de sentirse encantado por algo que se asemeje a la perfección, no una perfección completa, sino algo que sobresalga de lo demás, por lo anterior se puede afirmar que realmente hay un amor a nuestra profesión si vemos en ella superioridad o algo mejor sobre las demás profesiones.

Amor por satisfacción a la imagen o tributo para que otro florezca

Hacer una distinción entre el amor por imagen o un amor desinteresado para el servicio del otro es vital para mantener la llama del entusiasmo

en lo que hacemos (Zepeda, 2015). No siempre estamos en la disposición de querer entregar nuestra vida al servicio del otro y esto yace de la conciencia que se tiene por ver como nuestros mejores años transcurren bajo la sombra de la vida de terceros, o de una institución que posiblemente nos ve como un trabajador más que engrosa las filas del negocio educativo y no como los seres humanos que contienen los sueños de toda una sociedad. El maestro es visto como un jardinero, debe plantar muy bien la semilla para cosechar buenos frutos y hacer que lo que sembró un día florezca y brille por su belleza; pero como todo jardinero aunque tenga las mejores herramientas y el conocimiento para hacer crecer un jardín completo, no siempre crecerá todo lo que siembre, es más, habrán muchas flores que no florezcan, pero esto no es impedimento para seguir trabajando por las demás, a esto se le llama esperanza y fe en el mundo, algo que sólo los maestros tienen la habilidad de regar, como aquel agricultor que riega el abono con la confianza que hará bien a su cosecha.

Amor o pseudoamor por la profesión

Para Ortega el proceso de enamoramiento es mecánico porque todos se enamoran de la misma manera; cuando preguntamos a quienes deciden ser docentes el porqué de su elección, la gran mayoría afirma que su gusto por enseñar se basa en el gusto por los niños y porque siente que tiene la disposición de hacerlo, en su gran parte se expresa un convencimiento aún no reafirmado bajo la utopía de la transformación de la sociedad a través de lo que se puede aportar como maestro. De esta manera se cumple que si no existe lo que puede ser amado debe imaginarse y dichas perfecciones ideadas producen amor (Moran, 2002).

Cuando hablamos del deseo de ser maestro se cae en la defecuosidad del alma; debido a que, cuando ya se es maestro el deseo muere automáticamente cuando se enfrenta a la realidad que no se conoce cuando no sé es aún. Esto aplica para quienes inician en esta profesión y empiezan a develar las muchas imperfecciones del

sistema educativo. Por otra parte, el amor no es el deseo en sí, sino la constante de la insatisfacción eterna por perfeccionar lo amado.

En conclusión, podemos hablar de un amor a la profesión docente en términos filosóficos de altruismo y religión, asumiendo que ese amor no puede caer en el simple enamoramiento mecánico y mucho menos del deseo de tener algo como símbolo de búsqueda y alcance, pues cuando ya lo alcancemos, dicho deseo desaparece. La profesión docente debe ser asumida como una religión de amor, más allá del fanatismo de creer que es la única y la más importante; pues la soberbia de esa concepción minimiza la humildad del ser maestro por amor.

En segundo lugar, no se debería hablar de vocación como sinónimo de amor, puesto que muchos maestros han tomado la decisión de serlo en el camino y no como una misión impuesta al nacer. Esta profesión está inmersa en sacrificios y se moviliza en doctrinas gubernamentales, sociales, políticas y culturales que deben ser respetadas, pero que a su vez son objeto de ser transformadas. No se puede caer en el error de pensar en un solo tipo de manifestación de amor a esta labor, hay matices que convergen y posibilitan hablar de etapas de enamoramiento, desde el deseo de ser maestro, encantarse por las experiencias que se viven en el aula, enamorarse del espíritu altruista y desligado del salario o los beneficios materiales recibidos y sacrificarse por alcanzar la perfección de nuestra profesión.

En tercer lugar, no está demás remitirnos al desenamoramiento o el posible pseudoamor que se pueda profesar a la actividad del maestro. No todos quienes optan por el magisterio se enamoran de la profesión, hay caprichos que nos llevan a pensar que por el espíritu filántropo esta carrera estamos destinados a ejercerla como buenos samaritanos. De igual manera, el pseudoamor se puede dar en algún momento específico de nuestra carrera; mas sin embargo, esto no significa que por algún factor fortuito dejemos de amar algo, es imperativo reconocer que cuando nos entregamos de lleno en el servicio hay gustos que complementan nuestro pensar en lo justo y apoyan la idea de estar caminando en la dirección correcta, pero

esto no significa que se sienta amor por lo que se hace, es un estado de autoreconocimiento que genera una sensación de tranquilidad que se traduce en satisfacción.

Por último, la felicidad del maestro yace cuando comprende que su misión está en entregar todo de sí sin pedir nada a cambio, un gesto que sólo es visto con el pasar de los años. El amor cortesano de la Madre Castillo y el pseudoamor de Ortega se reúnen en una dicotomía que nos lleva a reafirmar que el amor por nuestra profesión no es más que la reafirmación de una elección de vida, que al igual que cualquier relación amorosa con alguien, sufre caídas, luchas constantes, desaciertos, decepciones, momentos de orgullo, desilusiones y perdones; hay algunos que desisten y otros que persisten, es un juego de emociones en las que intervienen factores externos que afectan nuestros procesos mentales como profesores, pero que sin ellos no sería la profesión más interesante de todas, un trabajo convertido en una acción poética grabada en el recuerdo de todos aquellos que han pasado por la vida escolar.

Referencias

- Balakrishnan, M. (2018). Ortega y el amor. *Éndoxa*, (42), 409-426.
- Honrubia, A. D. H. (2018). *La teoría del amor en el pensamiento de Ortega a la altura de 1914*. Claves ético-filosóficas y antropológicas de “Meditaciones del Quijote.
- Huizinga, J., Gaos, J. & de la Peña, A. R. (1945). El otoño de la Edad Media: estudios sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos. *Revista de Occidente*.
- Morán, J. C. (2002). «Sobre el amor en Proust: de Stendhal a Ortega», *Revista de Filosofía y Teoría Política*, 34, pp. 235-241.
- Robledo, Á. A. (2019). La escritura mística de la Madre Castillo y el amor cortesano: Religiones de amor. *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo* (Santafé de Bogotá)-T. XLII, No. 2.
- Zepeda, M. (2015). *Profesión: maestro*. Ediciones SM.